

**LA CONSTRUCCION DEL COMPLEJO
HIDROELECTRICO
«CHOCON-CERROS COLORADOS» ***

351.79(82)

No debemos representarnos un mundo irreal, un mundo como podría ser, y construir esquemas adecuados al mismo. Este camino es desatinado desde un punto de vista social al conducir a un derrumbamiento de las aspiraciones más encendidas, reemplazadas por una reacción fría y apagada. Nuestro primer deber como economistas es confeccionar un catálogo razonado del mundo tal como es...

ALFRED MARSHALL

Así como un arqueólogo puede, con la sola ayuda de una estatuilla encontrada en la arena o de las toscas hachas de piedra, reconstruir el pueblo al que pertenecen, la cultura que las engendró, los viajes y las migra-

ciones de sus habitantes, etc., así seremos juzgados por los científicos y los funcionarios que se interesen por nosotros dentro del corto plazo de cien o ciento cincuenta años por las obras que hayamos dejado. Sin embargo, este plazo para nuestros pueblos americanos parece excesivamente distante. Estamos demasiado clavados en el presente. Todavía hablamos de la segunda guerra mundial como de algo reciente, y ya se nos ha quedado veinticinco años atrás; no nos atrevemos a hablar del año 2000, y lo tenemos en un

* Tema expuesto por el autor en un seminario del Curso sobre Problemas del Desarrollo Económico, organizado para funcionarios iberoamericanos por el Instituto de Desarrollo Económico de la Escuela Nacional de Administración Pública, en Alcalá de Henares.

horizonte de treinta años. Permítanme, entonces, hablar de un complejo energético que no ha comenzado aún a construirse. De un embalse, un pantano, que tendrá que ser capaz de regular un río que porta unos 12.000 metros cúbicos por segundo, y que formará un lago de 60.000 hectáreas, de modo que nuestros astronautas, desde la Luna, le podrán ver a simple vista; que irrigará una superficie cercana al millón y medio de hectáreas, es decir, unas dieciocho veces más que las del Plan Badajoz, y que ojalá se pueda ver terminado como lo está el Plan Badajoz.

La Patagonia es un gigante dormido. A ciencia cierta no se sabe lo que contiene, y hay zonas tan vírgenes de análisis como sus similares de Siberia. La compone una espina dorsal altísima, que decrece a medida que se acerca al Sur (Los Andes), y una planicie triangular que llega hasta el Atlántico. Vientos de más de 100 kilómetros por hora peinan habitualmente a este gigante, con tanta frecuencia, que los árboles crecen inclinados. Tierra inhóspita, prácticamente deshabitada, con una densidad que no llega al medio habitante por kilómetro cuadrado, y que le hiciera decir a Darwin que la Patagonia era una «Tierra Maldita». Sin embargo, esta Tierra Maldita esconde en su subsuelo cuencas petrolíferas riquísimas, yacimientos de hierro superficiales, bosques interminables adosados a Los Andes y una potencia de energía hidroeléctrica aún no calculada. En la cabeza de este gigante se encuentra la zona del Comahue, que comprende la provincia de Río Negro, la mitad de la provincia de la Pampa, toda la provincia de Neu-

quén y catorce partidos de la provincia de Buenos Aires.

En esta «Tierra Maldita» se ha decidido realizar una obra de tal envergadura que para buscarle parangón hay que pensar en el embalse de Asuán, en Egipto, o el de Fufidas, en Brasil.

¿Cuándo nació la idea de hacer El Chocón, en Comahue?

En el año 1936 una comisión que viajaba por el sur argentino descubrió un sitio adecuado para levantar una represa que regulara la fuerza variable de un río de montaña, el Limay. Este río nace en el lago Nahuel Huopi (Cabeza de Tigre); poco a poco otros torrentes vuelcan sus aguas en él y va creciendo en caudal y velocidad. Atraviesa a los pocos kilómetros de su nacimiento el llamado Valle Encantado, por las caprichosas formas de las piedras erosionadas, y al unirse con el río Traful forman ya una corriente seria y potente, el definitivo río Limay.

Este río va a correr aún un par de centenares de kilómetros hasta encontrar un encajonamiento, que reduce su cauce a poco más o menos 4 kilómetros. Aquí, en este encajonamiento, que se llama El Chocón, se levantará un dique de unos 70 metros de altura. La altura no es muy considerable frente a los 286 metros del Grand Dixence, en Suiza; de los 266 de Vaiont, en Italia; de los 212 del Glen Canyon, de los Estados Unidos, ni contra los 133 de Asuán, ni contra Aldeadávila, en España. Pero, sin embargo, si su altura no es mucha, el embalse en sí no sólo se mide por la altura, sino más bien por la energía eléctrica capaz de producir y por los beneficios de otro orden que representa.

Porque El Chocón no es sólo ese encajonamiento de 70 metros y 4 kilómetros, sino que al embalse de El Chocón se le debe sumar, en un radio de pocos kilómetros, el embalse del río Neuquén, menor en importancia y en costo de obra. A este complejo de dos embalses con sus respectivas plantas hidroeléctricas, y con una enorme capacidad de regadío para una tierra fertilísima, se le llama El Chocón-Cerros Colorados.

Se trata, por tanto, de una obra triangular, cuyos vértices serían los dos embalses, que distan aproximadamente lo mismo desde la ciudad de Neuquén. Aquí, en este triángulo de no más de 70 kilómetros de lado, se puede generar las tres cuartas partes de la energía eléctrica que actualmente consume la Argentina y ampliar la zona de regadío de 74.000 hectáreas a 1.500.000. Si a esta zona le suman la abundancia de petróleo en su subsuelo y la cercanía (por lo menos dentro de las distancias americanas) de los yacimientos de hierro sin explotar de Sierras Grandes, puede apreciarse cómo estas obras pueden transformar no ya la zona, sino configurar una nueva visión de la economía argentina.

Dijimos que en 1938 se vio la posibilidad de hacer la obra, pero para hacerla son precisos unos capitales que hoy redondean en 443.000.000 de dólares.

No puedo menos que recordar un proverbio de Kuang Tsú, que decía, hace unos dos mil quinientos años:

«Si tus proyectos son para un año, siembra grano.

Si tus proyectos son para diez años, planta un árbol.

Si tus proyectos son para cien años, instruye un pueblo.»

Que nosotros podríamos adaptar diciendo: «Si tus proyectos son para dar vida a una nación, construye una gran obra.»

Pero las dificultades comienzan cuando el dinero para levantarla es más difícil de conseguir que una cantidad mil veces mayor destinada a volarla en una guerra. Hoy nuestra sociedad paga más por romper que por hacer.

Pero no vayan a creer que faltan protectores para levantar esta presa.

Hay un gobierno en la Argentina decidido a hacerla, pero también hay fuertes intereses internacionales que se oponen a la competencia de una producción masiva de electricidad. Las empresas concesionarias norteamericanas e inglesas, que a través de Sofina (Suiza) tienen gran parte de la energía eléctrica argentina, digamos que, en el más benévolo de los casos, no mirarán con simpatía esta producción de energía que por su volumen no será consumida en su lugar de origen, sino que deberá ser transportada en líneas de alta tensión para su consumo a más de 1.000 kilómetros de distancia, ya en pleno corazón del reino de las concesionarias.

La Unión Soviética, como en Asuán, se interesa por colaborar con la obra, y para diversificar los intereses, sin duda, con ánimo de evitar inconvenientes políticos, ha formado una enorme organización anglo-soviética con miras al hacer todo El Chocón-Cerros Colorados. Esta superempresa, que a la vez comprende varias empresas menores alemanas, japonesas y hasta españolas, tiene el inconveniente de que deja al país en mero supervisor de todas las obras, y la Argentina pretende

una colaboración activa, ya que esta obra podría servirle a la vez para adiestrar gran número de técnicos nacionales con miras a levantar otras obras en el país. Este proyecto tiene en su contra la oposición que nace en los ambientes a los que crea competencia y la de dejar a la Argentina en un papel secundario.

Otro proyecto de financiación podría resultar de que el Banco Mundial aportara los créditos necesarios para la obra y que la Argentina se encargara de encontrar los proveedores necesarios por medio de licitaciones internacionales. Frente a este punto de vista tendremos que mencionar que el Banco Mundial no se ha mostrado muy partidario de la obra y, quizá sea pura coincidencia, que los países que están representados en las concesionarias actuales del plan energético de la Argentina son los que tienen preponderancia en el Banco Mundial.

Pero los problemas no son solamente financieros; los hay técnicos, y son también enormes. Digamos, por ejemplo, que estamos en los albores de la popularización de la energía atómica aplicada a fines pacíficos. Entonces ¿para qué levantar El Chocón?...

Por lo menos para irrigar tierras vírgenes. En este caso cualquier gerente de Sofina puede decir: «Sí, para irrigar tierras vírgenes, justo cuando comienza a ser una realidad de uso práctico el de desalinizar el agua del mar. De forma que ustedes gastarán muchísimo en una obra que será técnicamente vieja, porque la energía eléctrica es más barata por fisión nuclear, y el riego se puede hacer con agua marina, y más cerca de la costa, es decir, de los puertos.»

Sigamos amontonando críticas: «Pero si la Patagonia tiene medio habitante por kilómetro cuadrado, ¿para qué darle energía como si fuesen doscientos, si tal densidad no llegará a esa zona hasta el año 2300 por lo menos?»

Además, irrigamos tierras ¿para quién, si no hay nadie? ¿Damos latifundios o, demagógicamente, las dividimos hasta el infinito para dar la impresión de que favorecemos a todos, pero en realidad rompemos la idea de un mínimo aprovechable de superficie de cultivo?...

Críticas al proyecto no faltan y son absoluta y técnicamente perfectas.

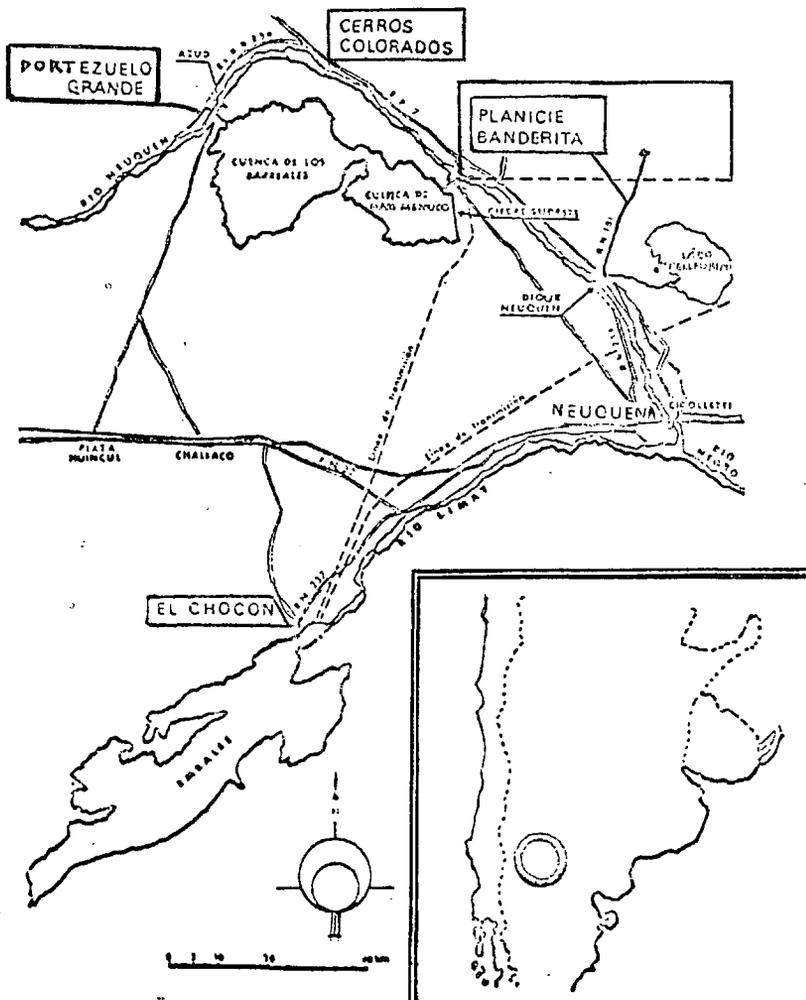
Para contestarlas no voy a pretender hacerlo de una en una, sino recogerlas en manojo, si es que tengo habilidad y conocimientos para ello.

Me voy a permitir recordar algo de la teoría general del desarrollo económico.

Fundamentalmente un desarrollo económico no es una actividad económica. Me explicaré mejor. Todo plan económico parte, ha partido, debe partir de una realidad mucho más grande que le contiene. Un plan de desarrollo se basa en una sociedad determinada; tiende a modificar la misma de modo que si bien los aspectos técnicos del plan de desarrollo son resortes de índole predominantemente económica, por el punto de apoyo que tienen y por el punto de convergencia que llevan, en un plan de desarrollo es fundamental el despertar de un pueblo, de un país, de una región concreta.

Nosotros no ignoramos la verdad abstracta de las críticas contra el plan de El Chocón, pero hay una

EL «CHOCON-CERROS COLORADOS» Y SU UBICACION EN LA ARGENTINA



estrategia sociológica que nos da la respuesta. Todo crecimiento no es una adición. Una duna crece por adición. La arena que el viento arrastra se suma a la arena existente, y la simple yuxtaposición configuran una realidad mayor, pero un pueblo no crece de esta forma, crece por «crecimiento» interno, como un árbol. ¿De dónde le salen las ramas a un árbol? No se trata de una aportación del viento, sino del desarrollo de sus propias células, de sus propias fuerzas. De modo que el desarrollo social de una región no puede lograrse por la adición, sino por el despertar de su propia conciencia. Si un plan de desarrollo no comienza creando una nueva frontera de entusiasmo, la idea de una obra común para beneficio de la mayoría, nos encontramos con un seudo plan de desarrollo. Cuando los pueblos más atrasados de Africa negra son invadidos por los transistores, no crecen económicamente. Quizá el método mejor sea el de cambiar los tam-tam por viejos medios de comunicación a hilo, ciertamente superados por la comunicación vía

satélite, pero dentro del horizonte cultural que a ellos les corresponde, y en pocos años pasarlos del principio alfabeto Morse a la comunicación inalámbrica, y de ahí a la banda lateral única, y de allí a las comunicaciones vía satélite, o reflejadas por las capas ionosféricas. Una vez más, lo excelente es enemigo de lo bueno.

Hagamos una obra que tenga nuestra dimensión. Con nuestros medios técnicos, si quieren, pero que son los nuestros, los que conocen a nuestro pueblo y los que se deben entrenar. Hagamos obra, obra que esté a nuestra medida; volvamos a desmentir al viejo y patriarcal Darwin, y construyendo esa obra magnífica, la verdadera muralla china de la Argentina, hagámosle meditar a los astronautas de la Luna (rusos o norteamericanos) sobre el valor que tiene una comunidad subdesarrollada cuando se decide a construir una obra el día que ellos vean sobre la superficie de nuestro planeta una mancha ligeramente azulada, casi en el cono sur del continente americano.—E. D. C.